

LA NACIÓN SE VUELVE VISIBLE

Multitud, pertenencia y
experiencia nacional en
la Copa Mundial de 2026

Alberto Ortiz Bolaños

Bank and Finance
Consulting Group

4 de Julio de 2026



Contenidos

Resumen de la serie	3
Introducción: El Mundial como laboratorio social.....	4
1. La multitud	6
1.1 El Mundial y la experiencia de la colectividad	6
1.2 La desaparición de las distancias	7
1.3 La descarga	8
1.4 La efervescencia colectiva	9
1.5 La <i>communitas</i>	10
1.6 El reverso de la multitud	11
1.7 Conclusión	12
2. La pertenencia	13
2.1 Después de la multitud	13
2.2 Ortega y una pregunta distinta	14
2.3 El triunfo histórico de la individualidad.....	15
2.4 Un mundo organizado para coordinar, no para pertenecer	16
2.5 La necesidad de pertenecer	17
2.6 La paradoja digital.....	19
2.7 La pandemia y el redescubrimiento de la presencia	20
2.8 El retorno de la presencia	21
2.9 Ortega revisitado.....	22
2.10 Conclusión	23
3. Experiencia nacional	25
3.1 Una nación frente a una pantalla	25
3.2 Anderson y la comunidad imaginada	27
3.3 El fútbol como ritual nacional	28
3.4 Los lugares de la nación	30
3.5 La peregrinación secular	31
3.6 Cuando la nación se vuelve visible	33
3.7 Conclusión	34
Epílogo: Lo que el Mundial revela	36
Referencias	38

Resumen de la serie

Este volumen examina las celebraciones que acompañan a la selección mexicana durante la Copa Mundial de Fútbol de 2026 como una ventana para comprender tres dimensiones fundamentales de la vida social contemporánea: la multitud, la pertenencia y la nación.

La obra parte de una observación sencilla. En una época caracterizada por niveles sin precedentes de autonomía individual, sofisticadas instituciones de coordinación social y tecnologías que permiten comunicarse instantáneamente a distancia, millones de personas continúan reuniéndose físicamente para compartir experiencias colectivas. Las celebraciones mundialistas constituyen una de las expresiones más visibles de este fenómeno.

El primer ensayo analiza la multitud como forma de experiencia social. A partir de las contribuciones de Elias Canetti, Émile Durkheim y Victor Turner, examina cómo individuos normalmente separados pueden transformarse temporalmente en una colectividad. La desaparición de las distancias, la descarga emocional, la efervescencia colectiva y la *communitas* permiten comprender por qué ciertas concentraciones humanas generan experiencias de extraordinaria intensidad.

El segundo ensayo aborda la cuestión de la pertenencia. La modernidad amplió considerablemente la autonomía individual mediante la expansión de los derechos, la educación, los mercados y las tecnologías de comunicación. Sin embargo, esa transformación no eliminó la necesidad humana de participar en experiencias compartidas. El ensayo sostiene que la persistencia de las multitudes no contradice el triunfo histórico de la individualidad, sino que revela la coexistencia de dos dimensiones complementarias de la vida humana: la autonomía y la pertenencia.

El tercer ensayo examina la nación como comunidad experimentada. Retomando la noción de comunidad imaginada desarrollada por Benedict Anderson, analiza cómo los partidos de una selección nacional y las celebraciones que los acompañan permiten que una comunidad normalmente dispersa y abstracta se vuelva temporalmente visible para sí misma. La nación no se crea en esos momentos; se reconoce.

Tomados en conjunto, los tres ensayos desarrollan una trayectoria que va desde la experiencia inmediata de la multitud hasta la manifestación visible de una comunidad nacional. La secuencia analítica puede resumirse de manera sencilla: la multitud hace posible la presencia; la presencia hace posible la pertenencia; y la pertenencia hace posible que una comunidad nacional se experimente como una realidad compartida.

La tesis central de la obra es que las celebraciones mundialistas son relevantes no sólo como acontecimientos deportivos, sino como fenómenos sociales capaces de revelar mecanismos fundamentales de la vida colectiva. Más allá del fútbol, los ensayos constituyen una reflexión sobre la relación entre individuo, comunidad y nación en las sociedades contemporáneas.

Introducción: El Mundial como laboratorio social

La noche en que México obtuvo su clasificación a los octavos de final de la Copa Mundial de Fútbol de 2026, miles de personas se encontraban reunidas en torno a la glorieta del Ángel de la Independencia. Algunas habían acudido para observar el partido en las pantallas instaladas en Paseo de la Reforma. Otras comenzaron a llegar después del silbatazo final desde el Fan Fest del Zócalo, la Plaza de la República, bares, restaurantes y espacios públicos distribuidos a lo largo de la ciudad. Muchas más lo habían seguido desde sus hogares. Durante unas horas, personas que normalmente habitan mundos distintos compartieron un mismo espacio de observación, espera y celebración.

La escena no era excepcional. Algo parecido había ocurrido después de otros partidos de la selección nacional y escenas similares podían observarse en distintas ciudades del país. Tampoco era un fenómeno exclusivamente mexicano. Cada Copa Mundial produce imágenes semejantes en numerosos lugares del mundo: plazas llenas, avenidas ocupadas por multitudes, desconocidos abrazándose, cantos colectivos y celebraciones compartidas entre personas que probablemente nunca volverán a encontrarse.

La familiaridad de estas escenas suele volverlas invisibles. Las observamos como parte natural del paisaje emocional que acompaña al deporte internacional. Las describimos como celebraciones, festejos o manifestaciones de entusiasmo colectivo. Y, sin embargo, cuando se examinan con detenimiento, contienen preguntas sociológicas notables.

¿Por qué miles de personas sienten la necesidad de reunirse físicamente para celebrar un acontecimiento que podrían seguir desde cualquier pantalla? ¿Qué ocurre cuando individuos normalmente separados se convierten en multitud? ¿Por qué las experiencias colectivas conservan una fuerza tan considerable en sociedades caracterizadas por niveles crecientes de autonomía individual? ¿Y cómo una comunidad nacional compuesta por millones de desconocidos puede llegar a manifestarse como una experiencia compartida?

Estas preguntas constituyen el origen de los ensayos reunidos en este volumen.

La intención de estas páginas no es analizar el fútbol como deporte, ni estudiar el desempeño de una selección nacional, ni explicar el significado cultural de una competencia internacional. El Mundial aparece aquí por una razón distinta. Funciona como un laboratorio social extraordinariamente visible. Durante unas semanas, fenómenos que normalmente permanecen dispersos o parcialmente ocultos adquieren una intensidad excepcional. La multitud se vuelve observable. La pertenencia se vuelve tangible. La nación parece adquirir una presencia inmediata.

Las celebraciones mundialistas permiten observar simultáneamente procesos que suelen estudiarse por separado. Permiten analizar la formación de multitudes, la persistencia de la necesidad de pertenecer y la capacidad de las comunidades nacionales para hacerse visibles ante sus propios integrantes. Lo que aparece en las calles, las plazas y los monumentos durante esos días no es únicamente una reacción deportiva. Es también una expresión condensada de mecanismos sociales mucho más profundos.

Los tres ensayos que siguen exploran estas dimensiones desde perspectivas complementarias. El primero examina la multitud. El segundo analiza la pertenencia. El tercero aborda la nación como comunidad experimentada. Juntos desarrollan una reflexión sobre algunas de las formas mediante las cuales individuos autónomos continúan construyendo experiencias de comunidad en las sociedades contemporáneas.

El Mundial proporciona el escenario. Las preguntas, sin embargo, trascienden ampliamente al fútbol. Lo que está en juego es la comprensión de una tensión permanente de la vida moderna: cómo sociedades compuestas por individuos cada vez más autónomos siguen produciendo experiencias colectivas capaces de generar pertenencia, identidad y comunidad.

1. La multitud

Las celebraciones que acompañan a la selección mexicana durante la Copa Mundial de Fútbol de 2026 producen imágenes difíciles de ignorar. Cientos de miles de personas ocupan plazas, avenidas y monumentos públicos para observar los partidos y celebrar las victorias. Durante unas horas, espacios diseñados para la circulación cotidiana se transforman en escenarios de una intensa vida colectiva. Lo que normalmente funciona como infraestructura urbana se convierte en lugar de encuentro.

La explicación más inmediata consiste en interpretar estas escenas como expresiones de entusiasmo deportivo. Sin embargo, esa respuesta apenas roza la superficie del fenómeno. Lo verdaderamente interesante no es que México juegue, gane o despierte pasiones futbolísticas. Lo notable es que miles de personas decidan reunirse físicamente para vivir esos acontecimientos junto a desconocidos. La pregunta fundamental no es por qué se celebra una victoria, sino qué ocurre cuando una multitud decide celebrarla.

La cuestión trasciende ampliamente al fútbol. Las celebraciones mundialistas permiten observar uno de los fenómenos más elementales y persistentes de la vida social: la capacidad de individuos que normalmente viven separados para convertirse, aunque sea temporalmente, en una colectividad. Durante unas horas, personas desconocidas comparten espacios, emociones y acciones de una manera difícil de reproducir en la vida cotidiana. Lo que emerge no es simplemente una concentración de personas, sino una forma particular de experiencia social.

Comprender esa transformación requiere examinar tres dimensiones complementarias del fenómeno. La primera se refiere a la desaparición de las distancias que normalmente separan a los individuos, descrita por Elias Canetti. La segunda al proceso mediante el cual las emociones se amplifican al ser vividas colectivamente, analizado por Émile Durkheim bajo la noción de eferescencia colectiva. La tercera a la experiencia temporal de comunidad que Victor Turner denominó *communitas*: una forma intensa de pertenencia compartida que surge cuando individuos normalmente separados participan en una misma experiencia colectiva. Consideradas conjuntamente, estas perspectivas permiten comprender cómo surge una multitud, qué experimentan quienes participan en ella y por qué estos episodios conservan una fuerza tan notable incluso en sociedades profundamente individualizadas.

1.1 El Mundial y la experiencia de la colectividad

Durante la Copa Mundial de Fútbol de 2026, la experiencia de ver jugar a México deja de pertenecer exclusivamente al estadio o al espacio doméstico. En la Ciudad de México, el Gobierno instala pantallas públicas en distintos puntos de la capital: el Fan Fest del Zócalo, la Plaza de la República del Monumento a la Revolución y diversos espacios a lo largo de Paseo de la Reforma. A ellos se suman lugares privados de transmisión masiva, como Campo Marte y el Hipódromo de las Américas, además de espacios habilitados por gobiernos estatales, municipales y alcaldías en distintas partes del país.

La observación se distribuye. La celebración, en cambio, converge. Algunos espacios, sin embargo, adquieren la capacidad de concentrar ambas experiencias.

En el área metropolitana de la Ciudad de México, las victorias de la selección tienden a concentrar a cientos de miles de personas en torno a un punto simbólico: la glorieta del Ángel de la Independencia.

La escena resulta llamativa por una razón sencilla. Muchos de los partidos se disputan en el Estadio Ciudad de México ante decenas de miles de aficionados, mientras millones más pueden seguirlos desde sus hogares por televisión, internet o dispositivos móviles. Sin embargo, una parte significativa de la población elige otra posibilidad: salir al espacio público para ver, esperar, cantar y celebrar junto a desconocidos. La lluvia no disuade a muchos de ellos. Tampoco lo hace la incomodidad de permanecer de pie durante horas, desplazarse entre multitudes o regresar tarde a casa. Si el objetivo fuera únicamente conocer el marcador, cualquier pantalla personal bastaría. Lo que se busca es algo diferente.

Las imágenes de estas jornadas muestran escenas que se repiten con variaciones mínimas: personas abrazándose con desconocidos, grupos enteros cantando al unísono, aficionados bailando en medio de la calle, jóvenes cargados sobre hombros ajenos, cuerpos arrojados al aire y multitudes avanzando por avenidas que, durante unas horas, dejan de funcionar como corredores de tránsito para convertirse en espacios de celebración. Los seres humanos celebran desde siempre. Lo que exige explicación no es la celebración misma, sino la decisión de vivirla físicamente junto a miles de desconocidos. Un acontecimiento observado se transforma así en una experiencia compartida.

La pregunta, entonces, no se refiere exclusivamente al fútbol ni únicamente a México. Lo que está en juego es un fenómeno más profundo: la transformación temporal de individuos en multitud. Durante unas horas, personas normalmente separadas por distancias físicas, sociales y psicológicas suspenden algunas de esas barreras y participan en una experiencia colectiva de intensidad inusual. El partido termina. Las calles se vacían. Cada persona regresa a su vida ordinaria. Pero durante ese breve intervalo ocurre una transformación que constituye uno de los fenómenos más fundamentales de la vida social.

1.2 La desaparición de las distancias

La vida cotidiana está organizada alrededor de distancias. Mantenemos cierta separación respecto de desconocidos, administramos el contacto físico y nos movemos por la ciudad siguiendo reglas explícitas e implícitas que permiten convivir sin invadirnos permanentemente. Incluso en espacios densamente poblados, la mayoría de las interacciones ocurre dentro de fronteras invisibles cuidadosamente respetadas. La proximidad física tiene límites. La cercanía social también.

Elias Canetti observó que uno de los rasgos más sorprendentes de la multitud consiste precisamente en la suspensión temporal de esas distancias. En *Masa y poder*, argumenta que aquello que normalmente genera incomodidad, cautela o desconfianza deja de percibirse como una amenaza. La proximidad adquiere un significado distinto. El contacto deja de ser una intrusión para convertirse en una confirmación de participación en una experiencia compartida.

Las celebraciones mundialistas muestran este fenómeno con claridad. Personas que nunca se han visto se abrazan después de un gol. Desconocidos cantan juntos, se fotografían juntos y celebran

juntos. Durante unas horas, la cercanía física deja de ser accidental para convertirse en una parte esencial de la experiencia. Lo que normalmente se evita pasa a ser precisamente lo que se busca.

La transformación no es únicamente espacial. También afecta otras distancias que organizan la vida social. Diferencias de edad, ocupación, ingreso, educación o trayectoria personal no desaparecen, pero retroceden temporalmente frente a una experiencia común. Nadie deja de ser quien es. Sin embargo, durante la celebración esas diferencias pierden parte de su capacidad para estructurar la interacción inmediata.

La multitud no elimina la individualidad. Tampoco disuelve permanentemente las fronteras sociales. Lo que hace es suspenderlas momentáneamente. Durante unas horas, personas que habitualmente permanecen separadas experimentan una proximidad difícil de reproducir en otros contextos de la vida moderna.

Esta suspensión constituye el primer paso de una transformación más profunda. Una vez reducidas las distancias, puede surgir algo más que simple cercanía física. Puede surgir una experiencia temporal de igualdad. Es ese fenómeno el que Canetti identifica como el momento decisivo de toda multitud.

1.3 La descarga

Para Canetti, la multitud no alcanza su forma plena simplemente porque las personas se reúnen. La proximidad física constituye apenas el comienzo. El momento decisivo ocurre cuando quienes participan dejan de experimentarse principalmente como individuos separados y comienzan a sentirse parte de una misma colectividad. A ese momento Canetti lo denomina descarga.

La intuición es sencilla, aunque profunda. La vida social está atravesada por múltiples diferencias. Profesiones, ingresos, niveles educativos, posiciones de autoridad, trayectorias personales y otras formas de jerarquía organizan nuestras interacciones cotidianas. Nada de ello desaparece cuando una multitud se forma. Sin embargo, durante ciertos momentos esas diferencias dejan de ocupar el centro de la experiencia.

La descarga ocurre precisamente cuando aquello que distingue a las personas pierde relevancia frente a aquello que comparten. La profesionista sigue siendo profesionista, el comerciante sigue siendo comerciante y el estudiante sigue siendo estudiante. Pero durante unas horas esas identidades retroceden. Lo que domina la experiencia ya no son las diferencias individuales, sino la participación en un mismo acontecimiento.

Las celebraciones mundialistas ofrecen una ilustración particularmente clara de este proceso. Miles de personas observan el mismo partido, esperan el mismo resultado y reaccionan a los mismos acontecimientos. Cuando llega un gol o el silbatazo final, la emoción compartida desplaza temporalmente distinciones que en otros contextos resultarían evidentes. La multitud no crea igualdad en sentido permanente. Produce algo más limitado y, precisamente por ello, más interesante: una experiencia temporal de igualdad.

Quien observa estas celebraciones desde cierta distancia advierte una transformación sutil. La multitud deja de aparecer como una suma de individuos claramente diferenciados y comienza a percibirse como una colectividad. La atención se concentra en el mismo acontecimiento, las

emociones siguen ritmos semejantes y las acciones adquieren una sincronía difícil de encontrar en la vida cotidiana. Una enorme diversidad de trayectorias personales se condensa momentáneamente en una experiencia común.

Esta experiencia ayuda a comprender por qué tantas personas abandonan la comodidad de sus hogares para reunirse con desconocidos. Si el objetivo fuera únicamente observar el partido, una pantalla privada sería suficiente. La multitud ofrece algo distinto. No sólo permite presenciar el acontecimiento; permite participar en una emoción compartida. No añade información. Añade intensidad, presencia y una forma temporal de igualdad difícil de experimentar en aislamiento.

La desaparición de las distancias abre así el camino para la descarga. Pero la transformación todavía no está completa. Una vez que las personas se sienten parte de una misma colectividad, las emociones individuales comienzan a reforzarse mutuamente. Es ese fenómeno el que Durkheim describirá como efervescencia colectiva.

1.4 La efervescencia colectiva

La explicación de Canetti ayuda a comprender cómo surge una multitud, pero deja abierta una pregunta fundamental. Si miles de personas observan simultáneamente el mismo acontecimiento, ¿por qué la experiencia parece adquirir una intensidad tan distinta a la que tendría para cada individuo por separado? Un gol celebrado en soledad puede producir alegría. El mismo gol celebrado por cientos de miles de personas produce algo más. La emoción no sólo se multiplica; se transforma.

Émile Durkheim dedicó buena parte de su obra a estudiar este fenómeno. En *Las formas elementales de la vida religiosa*, observó que ciertos rituales colectivos generan una energía social que no puede explicarse únicamente a partir de las emociones individuales de sus participantes. A esa energía la denominó efervescencia colectiva. En esos momentos, las personas no sólo experimentan sus propias emociones; experimentan también las emociones de quienes las rodean y se ven afectadas por ellas. La emoción circula, se amplifica y adquiere una intensidad difícil de reproducir en aislamiento.

Las celebraciones mundialistas ofrecen un ejemplo contemporáneo particularmente claro. Miles de personas concentran simultáneamente su atención en un mismo acontecimiento. Los cantos se sincronizan. Los silencios se sincronizan. Las expectativas se sincronizan. Cada reacción individual se ve reforzada por las reacciones de los demás. El entusiasmo se vuelve más intenso porque es compartido. La tensión se vuelve más intensa porque es compartida. La alegría se vuelve más intensa porque es compartida.

Esta amplificación emocional ayuda a explicar por qué las pantallas públicas atraen incluso cuando existen alternativas tecnológicamente más cómodas. La transmisión del partido puede seguirse desde prácticamente cualquier lugar. La efervescencia colectiva, en cambio, requiere presencia. No puede descargarse, reproducirse ni consumirse individualmente. Surge precisamente del hecho de estar junto a otros mientras ocurre algo que todos consideran significativo.

Por ello, las multitudes no sólo modifican la forma en que las personas se relacionan entre sí; también modifican la forma en que sienten. Personas normalmente reservadas cantan, gritan, lloran o abrazan a desconocidos. Emociones que en otros contextos permanecerían contenidas

encuentran formas públicas de expresión. La multitud no crea esas emociones desde cero. Lo que hace es amplificarlas, legitimarlas y hacerlas visibles.

Durkheim observó este fenómeno en ceremonias religiosas. Las celebraciones mundialistas muestran que mecanismos similares siguen presentes en sociedades profundamente modernas y secularizadas. Cambian los símbolos, cambian los escenarios y cambian los motivos de reunión, pero la capacidad humana para generar experiencias emocionales compartidas permanece notablemente intacta.

Sin embargo, la multitud no sólo produce proximidad, igualdad temporal e intensidad emocional. También genera una forma particular de comunidad. Durante unas horas, personas que normalmente no mantienen vínculos entre sí actúan como si formaran parte de una misma colectividad. Comprender esa experiencia requiere incorporar una tercera perspectiva: la *communitas* descrita por Victor Turner.

1.5 La *communitas*

La desaparición de las distancias y la intensificación de las emociones permiten comprender cómo surge una multitud. Sin embargo, todavía queda una pregunta por responder. ¿Por qué estas reuniones colectivas suelen adquirir formas reconocibles? ¿Por qué las personas no sólo sienten juntas, sino que también actúan juntas?

Victor Turner abordó esta cuestión al estudiar rituales, peregrinaciones y otros acontecimientos extraordinarios. Observó que ciertos momentos producen una experiencia temporal de comunidad que denominó *communitas*. Durante esos intervalos, las jerarquías y distinciones que normalmente organizan la vida social pierden parte de su relevancia, mientras los participantes se reconocen mutuamente como integrantes de una misma experiencia.

La *communitas* no constituye una comunidad permanente. No reemplaza las instituciones, las organizaciones ni las relaciones ordinarias de la vida cotidiana. Es una condición transitoria. Surge durante acontecimientos excepcionales y desaparece cuando éstos concluyen. Precisamente por ello posee una intensidad particular. Los participantes saben, de manera explícita o implícita, que están viviendo algo fuera de lo habitual.

Las celebraciones mundialistas contienen muchos elementos de esta lógica ritual. No consisten únicamente en observar un partido. También implican reunirse en determinados lugares, esperar junto a otros, compartir expectativas, cantar, reaccionar a los mismos acontecimientos y participar en formas relativamente reconocibles de celebración. La experiencia colectiva adquiere una forma reconocible. Aunque nadie la dirija centralmente, la mayoría de los participantes parece comprender intuitivamente cómo actuar.

Esta dimensión resulta especialmente visible después del silbatazo final. La multitud no permanece inmóvil. Se pone en movimiento. Personas que observaban el partido en hogares, restaurantes, plazas o espacios públicos comienzan a desplazarse, reunirse y converger. La experiencia no se limita a compartir una emoción. Incluye también la participación en acciones compartidas. La *communitas* no sólo se experimenta; se practica.

La lluvia permite observar con claridad esta dimensión. Permanecer durante horas bajo condiciones incómodas tendría poco sentido si la finalidad fuera únicamente consumir un espectáculo deportivo. Sin embargo, los rituales rara vez se explican exclusivamente por criterios de comodidad. Con frecuencia implican espera, desplazamiento, esfuerzo y participación. Lo importante no es sólo lo que se observa, sino el hecho de estar ahí junto a otros.

La *communitas* mundialista es necesariamente efímera. Al día siguiente reaparecen las diferencias, las obligaciones y las rutinas que organizan la vida cotidiana. Sin embargo, mientras dura, produce algo real: una experiencia temporal de comunidad entre personas que, fuera de ese contexto, probablemente permanecerían como desconocidos. La multitud deja entonces de ser únicamente una concentración de individuos. Se convierte, aunque sea brevemente, en una colectividad que actúa y se reconoce como tal.

Pero precisamente porque la multitud es una realidad vivida por cuerpos que comparten un mismo espacio, no puede entenderse únicamente como una experiencia simbólica o emocional. La proximidad que hace posible la comunidad también introduce riesgos y vulnerabilidades. Para comprender plenamente el fenómeno es necesario considerar su dimensión física.

1.6 El reverso de la multitud

La multitud posee una característica que a veces resulta fácil olvidar. No es únicamente una realidad emocional, simbólica o ritual. También es una realidad física. Todo lo que hemos descrito hasta ahora —la desaparición de las distancias, la descarga, la efervescencia colectiva y la *communitas*— descansa sobre algo muy concreto: miles de cuerpos compartiendo simultáneamente un mismo espacio.

Esta observación puede parecer trivial, pero tiene consecuencias importantes. La misma proximidad física que hace posible la descarga descrita por Canetti y la efervescencia colectiva observada por Durkheim introduce también límites materiales que no pueden ignorarse. La concentración humana que permite abrazos espontáneos, cantos colectivos y experiencias de comunidad genera simultáneamente condiciones de vulnerabilidad. Los cuerpos ocupan espacio. Los desplazamientos tienen restricciones. Los movimientos individuales se vuelven más difíciles de controlar conforme aumenta la densidad de la concentración.

Mientras esa proximidad permanece dentro de ciertos márgenes, produce algunas de las experiencias colectivas más intensas de la vida social. Sin embargo, cuando la densidad aumenta o las condiciones de organización resultan insuficientes, la dinámica de la multitud puede adquirir características menos visibles, pero igualmente reales. La fuerza que permite la integración colectiva puede convertirse también en una fuente de riesgo.

Los incidentes fatales registrados durante las celebraciones posteriores al encuentro entre México y Ecuador constituyen un recordatorio doloroso de esta realidad. Más allá de las circunstancias específicas de cada caso, el episodio subraya una verdad elemental: las multitudes requieren organización, prevención y cuidado. No basta con admirar su capacidad para generar integración social. También es necesario reconocer las responsabilidades institucionales que acompañan a la concentración masiva de personas.

Esta dimensión no contradice los argumentos desarrollados en las secciones anteriores. Por el contrario, los complementa. La multitud es poderosa porque permite experimentar proximidad, igualdad temporal, intensidad emocional y comunidad. Pero precisamente porque es poderosa exige condiciones que permitan canalizar esa energía colectiva de manera segura. La capacidad de generar integración y el potencial de producir daños surgen de una misma fuente: la concentración física de seres humanos que, durante unas horas, dejan de actuar como individuos aislados para convertirse en colectividad.

Reconocer este reverso de la multitud no disminuye la importancia de las celebraciones colectivas. Las vuelve más comprensibles. La multitud no es simplemente una experiencia emocional ni únicamente una construcción simbólica. Es una realidad social completa, compuesta simultáneamente por significados, emociones, cuerpos, movimientos e instituciones. Comprenderla exige considerar todas esas dimensiones.

1.7 Conclusión

Las celebraciones mundialistas permiten observar uno de los fenómenos más singulares de la vida social: la transformación temporal de individuos dispersos en una colectividad. Durante unas horas, las distancias ordinarias pierden relevancia, las diferencias retroceden frente a una emoción compartida y surge una experiencia común que convierte un partido de fútbol en algo más que un acontecimiento deportivo.

La multitud no es simplemente una concentración de personas. Es una forma particular de experiencia social. En ella, la proximidad física modifica la manera en que los individuos se relacionan entre sí; las emociones adquieren una intensidad difícil de reproducir en aislamiento; y personas que normalmente permanecen separadas participan en formas temporales de comunidad. La multitud no elimina la individualidad ni suspende permanentemente las estructuras de la vida social. Lo que produce es algo más limitado y, precisamente por ello, más significativo: la posibilidad de experimentar una colectividad.

El fútbol proporciona el motivo. La multitud proporciona la experiencia. Allí donde una pantalla individual transmite información, la multitud produce presencia. Allí donde la vida cotidiana separa, clasifica y diferencia, la celebración colectiva crea un espacio temporal en el que miles de personas pueden actuar, sentir y reaccionar juntas.

Sin embargo, comprender cómo surge una multitud no equivale todavía a comprender por qué sigue atrayendo a millones de personas. Las sociedades contemporáneas han ampliado extraordinariamente la autonomía individual. Nunca habían existido tantas posibilidades de elegir, comunicarse y actuar independientemente de quienes nos rodean. Y, sin embargo, las experiencias colectivas continúan ejerciendo una poderosa atracción.

¿Por qué ocurre esto? ¿Por qué individuos cada vez más autónomos siguen buscando reunirse, celebrar y sentirse parte de algo más amplio que ellos mismos? Esa es la cuestión que aborda el siguiente ensayo.

2. La pertenencia

Las multitudes plantean una pregunta que resulta difícil ignorar. Si las sociedades contemporáneas han ampliado extraordinariamente la autonomía individual, ¿por qué millones de personas siguen buscando experiencias colectivas?

La pregunta merece atención porque buena parte de la historia moderna puede interpretarse como una expansión progresiva de la libertad individual. Durante los últimos dos siglos, las personas adquirieron una capacidad creciente para decidir dónde vivir, qué estudiar, en qué trabajar, cómo organizar sus vidas y qué proyectos personales perseguir. La expansión de los derechos, la educación, los mercados y las tecnologías de comunicación amplió de manera extraordinaria las posibilidades de elección individual.

Desde esta perspectiva, podría parecer razonable esperar que las experiencias colectivas perdieran progresivamente importancia. Si los individuos disponen de niveles inéditos de autonomía, movilidad y capacidad de decisión, ¿por qué continúan reuniéndose en conciertos, festivales, peregrinaciones, manifestaciones públicas o celebraciones deportivas? ¿Por qué las multitudes siguen ocupando un lugar tan visible en sociedades profundamente individualizadas?

Este ensayo sostiene que la persistencia de las experiencias colectivas no contradice la expansión de la individualidad moderna. Constituye, en cierto sentido, una consecuencia de ella. La modernidad fortaleció extraordinariamente la autonomía personal y desarrolló instituciones capaces de coordinar sociedades cada vez más complejas. Sin embargo, ninguno de esos logros eliminó la necesidad humana de pertenecer.

Comprender esta aparente paradoja exige distinguir entre dos dimensiones complementarias de la experiencia humana. La primera se refiere a la capacidad de actuar como individuos autónomos. La segunda a la necesidad de compartir significados, símbolos y experiencias con otros. La modernidad transformó profundamente la primera. La segunda continúa acompañándola.

Las celebraciones mundialistas ofrecen una oportunidad particularmente valiosa para observar esta coexistencia. Quienes participan en ellas no abandonan su individualidad. Tampoco buscan sustituir permanentemente sus proyectos personales por una identidad colectiva. Lo que buscan es una experiencia temporal de pertenencia. Precisamente por ello constituyen un punto de partida privilegiado para explorar una de las preguntas más persistentes de la vida social contemporánea: por qué individuos cada vez más autónomos siguen necesitando sentirse parte de algo más amplio que ellos mismos.

2.1 Después de la multitud

La multitud desaparece con la misma rapidez con la que surge. Las avenidas recuperan su circulación habitual, las plazas vuelven a llenarse de peatones y turistas, las pantallas son desmontadas y los dispositivos de seguridad se retiran. Lo que apenas unas horas antes parecía una experiencia colectiva extraordinaria se desvanece con sorprendente rapidez. La ciudad recupera su ritmo cotidiano.

Algo semejante ocurre en la Ciudad de México después de los partidos de la selección nacional durante la Copa Mundial de 2026. Las concentraciones que durante unas horas ocupan plazas,

avenidas y espacios públicos terminan tan abruptamente como comienzan. Los cantos cesan, las calles se despejan y los miles de desconocidos que compartieron una misma emoción vuelven a convertirse en individuos separados por las distancias físicas y sociales de la vida cotidiana.

Sin embargo, precisamente porque la multitud es efímera, deja tras de sí una pregunta persistente. El ensayo anterior intentó comprender qué ocurre cuando surge una multitud. La cuestión ahora es diferente. Lo que requiere explicación no es la experiencia colectiva en sí misma, sino la persistencia de la necesidad que la hace posible.

La pregunta resulta particularmente interesante porque vivimos en una época que parecía destinada a reducir la importancia de este tipo de experiencias. Nunca había sido tan fácil organizar una vida relativamente autónoma. Los individuos disponen de mayores niveles de educación, movilidad, información y capacidad de elección que en cualquier otro momento de la historia. La tecnología permite trabajar, aprender, comprar, entretenerse y comunicarse sin necesidad de compartir un espacio físico con otros. Buena parte de la vida contemporánea parece organizada alrededor de la capacidad de actuar individualmente.

Si esa tendencia fuera suficiente para explicar la evolución de las sociedades modernas, las multitudes deberían ocupar un lugar cada vez más marginal. Y sin embargo reaparecen constantemente. Cambian los motivos, cambian los símbolos y cambian las generaciones, pero las grandes concentraciones humanas siguen convocando a millones de personas. Las encontramos en conciertos, festivales, peregrinaciones religiosas, manifestaciones políticas y celebraciones deportivas. La tecnología ha transformado profundamente la manera en que vivimos, trabajamos y nos comunicamos, pero no ha eliminado el atractivo de reunirse físicamente con otros.

Comprender esta aparente paradoja exige formular una pregunta distinta de la que dominó buena parte de las reflexiones sobre la sociedad de masas durante el siglo XX. La cuestión ya no es cómo la colectividad amenaza al individuo. La cuestión es por qué individuos cada vez más autónomos siguen buscando ocasiones para formar parte de una colectividad. La reflexión de José Ortega y Gasset ofrece un punto de partida particularmente útil para intentar responderla.

2.2 Ortega y una pregunta distinta

A comienzos del siglo XX, José Ortega y Gasset observó con preocupación la aparición de un fenómeno que consideraba característico de las sociedades modernas: el ascenso de las masas. En *La rebelión de las masas*, publicada en 1930, argumentó que el desarrollo económico, la urbanización, la expansión educativa y los avances tecnológicos estaban produciendo una transformación profunda de la vida social. Individuos que durante siglos habían permanecido relativamente dispersos comenzaban a ocupar de manera visible el espacio público.

Para Ortega, el problema no era simplemente cuantitativo. La cuestión no consistía en que hubiera más personas participando en la vida social, económica o política. Lo que le preocupaba era la aparición de un nuevo tipo humano: el hombre-masa. Se trataba de un individuo que disfrutaba de los beneficios de la civilización moderna sin reconocer plenamente las condiciones históricas e institucionales que los hacían posibles. La expansión del bienestar material, la educación y las oportunidades podía producir, paradójicamente, una menor conciencia de los límites y responsabilidades asociados a la vida colectiva.

La preocupación de Ortega reflejaba una experiencia histórica concreta. Durante las primeras décadas del siglo XX, las sociedades industriales experimentaban una incorporación masiva de nuevos actores a la esfera pública. El crecimiento de las ciudades, la alfabetización, los medios de comunicación y la democratización política modificaban profundamente las formas tradicionales de organización social. Para muchos observadores de la época, la cuestión central parecía evidente: ¿cómo afectaría la expansión de las masas al futuro de las sociedades modernas?

Vista desde el presente, la pregunta conserva parte de su fuerza, pero el contexto ha cambiado significativamente. Las sociedades contemporáneas continúan siendo sociedades de masas en términos demográficos. Sin embargo, buena parte de las transformaciones ocurridas durante el último siglo parecen haber fortalecido la autonomía individual más que la subordinación del individuo a la colectividad. Los ciudadanos disponen de mayores niveles de educación, movilidad, capacidad de elección y acceso a información que los que Ortega podía imaginar.

Por ello, la pregunta que enfrentamos hoy es ligeramente distinta de la que preocupaba a Ortega. El problema ya no consiste principalmente en comprender cómo las masas amenazan con absorber a los individuos. El problema consiste en comprender por qué individuos cada vez más autónomos continúan buscando experiencias colectivas. La inquietud original permanece, pero aparece invertida. Allí donde Ortega observaba el avance de la masa sobre el individuo, nosotros observamos la persistencia de la necesidad de pertenecer en una época definida precisamente por la expansión de la individualidad.

2.3 El triunfo histórico de la individualidad

Si Ortega observaba una época marcada por la expansión de las masas, buena parte de la historia posterior puede interpretarse como una expansión extraordinaria de la individualidad. Durante el último siglo, las sociedades modernas desarrollaron instituciones, tecnologías y formas de organización que ampliaron de manera sin precedentes la capacidad de las personas para decidir sobre sus propias vidas.

Esta transformación adoptó múltiples formas. La expansión de los derechos civiles y políticos fortaleció la autonomía jurídica de los individuos. La educación amplió las posibilidades de movilidad social y elección ocupacional. Los mercados ofrecieron una creciente diversidad de bienes, servicios y estilos de vida. Las mejoras en transporte y comunicaciones redujeron la dependencia respecto de comunidades locales relativamente cerradas. Más recientemente, las tecnologías digitales multiplicaron las posibilidades de acceder a información, construir redes sociales y participar en espacios de interacción que trascienden las limitaciones geográficas tradicionales.

Como resultado, los individuos adquirieron grados de autonomía difíciles de imaginar para generaciones anteriores. La elección de profesión, residencia, afiliación política, creencias religiosas, relaciones personales e incluso formas de identidad se volvió crecientemente una cuestión de decisión individual. Muchas de las restricciones que durante siglos estuvieron determinadas por la familia, la comunidad local o la posición social heredada perdieron parte de su capacidad para definir el curso de una vida.

Esta evolución no ocurrió de manera uniforme ni eliminó todas las desigualdades. Sin embargo, la tendencia general resulta difícil de ignorar. Buena parte de las instituciones modernas puede interpretarse precisamente como mecanismos destinados a ampliar la capacidad de las personas para actuar como individuos relativamente autónomos.

Desde esta perspectiva, podría parecer razonable esperar que las experiencias colectivas perdieran progresivamente relevancia. Si los individuos disponen de mayores recursos para organizar sus vidas de manera independiente, ¿por qué seguirían necesitando reunirse físicamente con otros para experimentar formas de pertenencia? ¿Por qué las multitudes continúan apareciendo con tanta frecuencia en sociedades donde la autonomía individual alcanzó niveles históricamente inéditos?

La paradoja comienza precisamente aquí. La expansión de la individualidad constituye uno de los rasgos más visibles de la modernidad. Sin embargo, lejos de desaparecer, las experiencias colectivas continúan ocupando un lugar importante en la vida social contemporánea. Comprender esta coexistencia exige examinar con mayor cuidado la relación entre autonomía y pertenencia.

2.4 Un mundo organizado para coordinar, no para pertenecer

La expansión de la individualidad no ocurrió en el vacío. Fue acompañada por otro de los grandes procesos que definieron a la modernidad: la construcción de instituciones capaces de coordinar sociedades cada vez más complejas. A medida que las poblaciones crecieron, las economías se expandieron y las interacciones sociales se multiplicaron, resultó necesario desarrollar mecanismos que permitieran organizar la cooperación entre millones de personas que no se conocían entre sí. Buena parte de la historia moderna puede entenderse como la búsqueda de soluciones a ese problema.

Max Weber fue uno de los pensadores que comprendió con mayor claridad la magnitud de esta transformación. En sus análisis sobre la racionalización y el desencantamiento del mundo observó que las sociedades modernas dependían cada vez más de reglas impersonales, procedimientos estandarizados y organizaciones especializadas. Lejos de representar una anomalía, este proceso constituía una respuesta a las exigencias de coordinación de un mundo crecientemente interdependiente. La complejidad social requería instituciones capaces de funcionar más allá de los vínculos personales y de las lealtades comunitarias tradicionales.

Los resultados fueron extraordinarios. Los mercados modernos permiten intercambios entre millones de personas que jamás se conocerán personalmente. Los sistemas financieros movilizan recursos a escala global. Las universidades producen y transmiten conocimiento entre generaciones. Los hospitales coordinan la atención de miles de pacientes. Los Estados administran servicios públicos para poblaciones enteras. Ninguna de estas actividades sería posible sin estructuras organizativas capaces de operar de manera relativamente impersonal, predecible y estable.

La racionalización hizo posible el mundo moderno. Gracias a ella, las sociedades contemporáneas alcanzaron niveles de productividad, especialización y cooperación que habrían resultado inimaginables en épocas anteriores. Gran parte de las libertades que hoy consideramos normales depende precisamente de la existencia de instituciones capaces de coordinar eficientemente una enorme diversidad de individuos y actividades.

Sin embargo, la extraordinaria capacidad de estas instituciones para coordinar no implica necesariamente una capacidad equivalente para generar pertenencia. Éste es el punto crucial. Los mercados permiten cooperar sin necesidad de conocerse. Las burocracias funcionan precisamente porque aplican reglas impersonales. Las organizaciones modernas pueden coordinar acciones complejas entre individuos que mantienen vínculos emocionales mínimos o inexistentes. Su eficacia depende, en buena medida, de no requerir comunidades estrechas para operar adecuadamente.

Aquí aparece una distinción fundamental: coordinar y pertenecer no son la misma cosa.

Una persona puede participar exitosamente en una economía moderna, trabajar en organizaciones complejas, ejercer derechos ciudadanos y utilizar instituciones altamente sofisticadas sin desarrollar necesariamente un sentido profundo de comunidad con la mayoría de quienes participan en esas mismas estructuras. Las instituciones modernas resuelven admirablemente el problema de cómo cooperar con desconocidos. No siempre resuelven con la misma eficacia la necesidad de sentirse parte de una colectividad significativa.

Esta observación no debe interpretarse como una crítica a la modernidad. Sería absurdo añorar un mundo incapaz de coordinar la complejidad de las sociedades contemporáneas. La cuestión es otra. El extraordinario éxito de las instituciones modernas en materia de coordinación puede llevarnos a olvidar que existen dimensiones de la experiencia humana que responden a necesidades diferentes.

La persistencia de las multitudes contemporáneas puede interpretarse precisamente a la luz de esta distinción. Las celebraciones deportivas, los conciertos, las peregrinaciones o las manifestaciones públicas no surgen porque las instituciones modernas hayan dejado de funcionar. Surgen en sociedades donde esas instituciones funcionan notablemente bien. Lo que parece estar en juego es otra necesidad. Una necesidad que no se refiere a la coordinación de actividades complejas, sino a la experiencia de compartir tiempo, espacio y significado con otros.

La modernidad resolvió de manera extraordinariamente eficaz el problema de la coordinación social. Pero resolver el problema de la coordinación no equivale necesariamente a resolver el problema de la pertenencia. Comprender esta diferencia permite entender por qué las experiencias colectivas continúan ocupando un lugar importante en sociedades profundamente modernas. La cuestión ya no consiste en explicar su supervivencia, sino en comprender por qué siguen siendo significativas precisamente dentro de un mundo organizado para maximizar la autonomía individual.

2.5 La necesidad de pertenecer

La distinción entre coordinación y pertenencia plantea una pregunta inevitable. Si las sociedades modernas han ampliado extraordinariamente la autonomía individual y han construido instituciones capaces de organizar la cooperación a gran escala, ¿por qué la pertenencia continúa ocupando un lugar tan importante en la experiencia humana? ¿Por qué individuos cada vez más libres para definir sus propios proyectos de vida siguen buscando comunidades, símbolos compartidos y experiencias colectivas?

La respuesta no parece encontrarse en una insuficiencia de la individualidad, sino en la naturaleza misma de la condición humana. Los seres humanos son capaces de actuar como individuos

autónomos, pero rara vez viven exclusivamente como tales. Construyen identidades personales, toman decisiones propias y desarrollan trayectorias singulares, pero también buscan reconocimiento, compañía y significado en relación con otros. La autonomía responde a una necesidad fundamental. La pertenencia responde a otra.

Esta dualidad atraviesa prácticamente todas las dimensiones de la vida social. Las personas desean ser reconocidas por sus características individuales, pero también desean formar parte de familias, amistades, organizaciones, profesiones, comunidades religiosas, equipos deportivos o naciones. La afirmación de la singularidad y la búsqueda de vínculos colectivos no son necesariamente impulsos contradictorios. Con frecuencia constituyen aspectos complementarios de una misma experiencia humana.

La modernidad fortaleció extraordinariamente el primero de estos componentes. Amplió las posibilidades de elección, debilitó muchas formas tradicionales de subordinación y otorgó a los individuos un margen de autodeterminación sin precedentes. Sin embargo, el éxito de este proceso no implicó la desaparición del segundo. La necesidad de pertenecer no parece haber sido un vestigio de sociedades premodernas destinado a desaparecer con el avance de la individualización. Más bien constituye una dimensión persistente de la experiencia humana que continúa manifestándose bajo formas nuevas.

Esta observación ayuda a comprender por qué ciertas experiencias colectivas conservan una capacidad de atracción tan notable. Quienes participan en ellas no suelen buscar instrucciones sobre cómo vivir ni estructuras que absorban permanentemente su identidad individual. Buscan algo diferente. Buscan la experiencia de compartir una emoción, una atención o un significado con otros. Buscan sentir que forman parte de una realidad más amplia que su propia trayectoria personal. La pertenencia no elimina la individualidad; la sitúa dentro de un horizonte compartido.

Resulta significativo que muchas de las formas contemporáneas de pertenencia sean voluntarias. A diferencia de numerosas comunidades tradicionales, que imponían identidades relativamente rígidas, gran parte de las comunidades modernas se construyen mediante la adhesión. Las personas eligen participar en asociaciones, movimientos, actividades culturales, eventos deportivos o redes de interés común. La pertenencia no desaparece; cambia de forma. Se vuelve más flexible, más plural y más compatible con la autonomía individual.

La persistencia de esta necesidad ha sido observada desde distintas perspectivas. Robert Putnam, por ejemplo, llamó la atención sobre la evolución de las formas de participación cívica y asociativa en las sociedades contemporáneas. Aunque sus diagnósticos sobre el debilitamiento de ciertos vínculos comunitarios generaron amplios debates, su trabajo contribuyó a destacar una cuestión fundamental: incluso en contextos marcados por una creciente individualización, las relaciones sociales, las asociaciones voluntarias y las experiencias de comunidad continúan desempeñando un papel importante en la vida colectiva. La cuestión no parece ser la desaparición de la pertenencia, sino la transformación de las formas mediante las cuales ésta se construye y se experimenta.

Esta transformación permite abandonar una falsa oposición que con frecuencia estructura el debate sobre la modernidad. Demasiado a menudo se presenta la relación entre individuo y comunidad como una elección excluyente: más autonomía implicaría menos pertenencia, y más pertenencia

implicaría menos autonomía. La experiencia contemporánea sugiere algo distinto. Los individuos modernos no parecen estar renunciando a la pertenencia. Parecen estar redefiniendo las formas mediante las cuales la buscan y la experimentan.

Las celebraciones mundialistas ofrecen un ejemplo particularmente revelador. Quienes se congregan en plazas, avenidas o espacios públicos no abandonan su individualidad al hacerlo. No dejan de ser quienes son. No suspenden permanentemente sus proyectos personales ni sus diferencias. Lo que buscan es una experiencia temporal de colectividad que complementa, y no sustituya, su vida como individuos. La intensidad emocional de esos encuentros sugiere que la pertenencia continúa satisfaciendo una necesidad que la autonomía, por sí sola, no parece cubrir completamente.

Quizá ésta sea una de las lecciones más importantes de las sociedades contemporáneas. La expansión de la individualidad no eliminó la necesidad de pertenecer. Lo que hizo fue transformar profundamente las formas mediante las cuales esa necesidad se expresa. Comprender esa transformación resulta aún más importante en una época marcada por tecnologías capaces de conectar a millones de personas sin exigir proximidad física. Porque precisamente allí aparece una nueva paradoja: cuanto más fácil se vuelve comunicarse a distancia, más claramente distinguimos aquello que la comunicación no puede sustituir.

2.6 La paradoja digital

Si la modernidad amplió la autonomía individual mediante la expansión de mercados, derechos e instituciones complejas, la revolución digital llevó ese proceso a una escala difícilmente imaginable apenas unas décadas atrás. Actividades que durante siglos dependieron de la proximidad física comenzaron a realizarse a través de redes digitales. La comunicación instantánea se volvió cotidiana. El acceso a la información dejó de depender de la ubicación geográfica. Las personas adquirieron la capacidad de participar simultáneamente en múltiples conversaciones, comunidades y espacios de interacción sin abandonar su hogar.

Desde una perspectiva histórica, la transformación resulta extraordinaria. Nunca había sido tan fácil mantenerse en contacto con familiares, colegas o amigos dispersos por distintas ciudades o países. Nunca había sido tan sencillo intercambiar información, organizar actividades colectivas o acceder a formas de conocimiento antes restringidas por barreras físicas considerables. La revolución digital redujo drásticamente los costos de la comunicación y amplió de manera notable la capacidad de los individuos para construir redes personales más allá de su entorno inmediato.

Sin embargo, precisamente por su éxito, esta transformación hizo visible una distinción que durante mucho tiempo permaneció parcialmente oculta: la comunicación y la presencia no son exactamente la misma cosa.

Una videollamada permite conversar. Una plataforma digital permite intercambiar opiniones. Una red social permite compartir imágenes, emociones e información en tiempo real. Pero ninguna de estas herramientas elimina completamente la diferencia entre interactuar con otros y estar físicamente junto a ellos.

La observación resulta importante porque durante años pareció razonable suponer que la creciente capacidad de comunicarse a distancia reduciría progresivamente la relevancia de los encuentros

presenciales. En muchos ámbitos, esa predicción se cumplió. Reuniones, compras, trámites, cursos y numerosas formas de interacción migraron hacia entornos digitales con notable rapidez. La tecnología demostró ser extraordinariamente eficaz para resolver problemas de distancia.

Pero resolver el problema de la distancia no equivale necesariamente a eliminar la necesidad de proximidad.

A medida que las herramientas digitales se volvieron más sofisticadas, también se hizo más evidente que ciertas experiencias sociales conservaban una afinidad especial con la presencia física. Los conciertos continuaron llenando estadios. Los festivales siguieron convocando multitudes. Las peregrinaciones religiosas mantuvieron su capacidad de movilización. Los acontecimientos deportivos continuaron congregando a miles de personas en espacios públicos.

La paradoja es reveladora. Cuanto más eficaces se vuelven las tecnologías para transmitir información, más claramente podemos distinguir aquellas dimensiones de la experiencia humana que no se reducen a la transmisión de información. Compartir una noticia no es lo mismo que compartir un acontecimiento. Intercambiar mensajes no es lo mismo que experimentar una emoción colectivamente. Comunicar una reacción no es exactamente lo mismo que vivirla junto a otros.

Las celebraciones mundialistas ilustran esta diferencia con particular claridad. Quienes se reúnen para observar un partido de la selección nacional podrían seguir el encuentro desde prácticamente cualquier lugar y acceder a la misma información. Y, sin embargo, cientos de miles de personas eligen compartir físicamente la experiencia. La decisión sugiere que las multitudes contemporáneas no constituyen una resistencia a la tecnología ni una nostalgia por formas anteriores de vida social. Más bien revelan que ciertas formas de colectividad continúan vinculadas a la presencia.

La revolución digital resolvió de manera extraordinariamente eficaz el problema de la comunicación a distancia. Lo que no hizo fue eliminar la necesidad humana de compartir determinados momentos junto a otros. Precisamente por ello, una circunstancia histórica inesperada permitió observar esta diferencia con una claridad excepcional.

2.7 La pandemia y el redescubrimiento de la presencia

Pocas veces en la historia reciente una sociedad había experimentado una reducción tan abrupta y generalizada de la interacción física cotidiana como la provocada por la pandemia de COVID-19. En cuestión de semanas, millones de personas trasladaron una parte significativa de sus actividades hacia entornos digitales. El trabajo, la educación, las reuniones familiares, los encuentros profesionales e incluso algunas formas de entretenimiento comenzaron a desarrollarse a través de pantallas.

Desde una perspectiva funcional, los resultados fueron notables. Las economías continuaron operando. Las universidades mantuvieron programas académicos. Tecnologías que ya existían desde años atrás demostraron una capacidad extraordinaria para sostener formas complejas de interacción a distancia.

Precisamente por ello la experiencia resultó tan reveladora. La pandemia no creó una diferencia entre comunicación y presencia. La hizo visible a una escala que difícilmente habría podido

observarse en circunstancias ordinarias. Por primera vez en generaciones, millones de personas experimentaron simultáneamente una situación en la que la comunicación permanecía disponible mientras la presencia física se volvía excepcionalmente difícil.

Cuando las restricciones comenzaron a desaparecer, numerosos fenómenos sociales recuperaron rápidamente su dinamismo. Los conciertos volvieron a llenarse. Los festivales regresaron. Los eventos deportivos recuperaron espectadores. El retorno no fue uniforme ni idéntico en todos los contextos, pero resultó suficientemente amplio y rápido como para sugerir que ciertas experiencias sociales conservaban un valor que las alternativas digitales no habían sustituido completamente.

La experiencia fue reveladora porque permitió observar algo que antes podía formularse como una intuición teórica. Las herramientas digitales demostraron ser extraordinariamente eficaces para transmitir información, coordinar actividades y mantener vínculos a distancia. Pero la posibilidad de comunicarse no eliminó el deseo de reunirse. La presencia seguía respondiendo a una dimensión distinta de la experiencia humana.

Las celebraciones mundialistas de 2026 pueden interpretarse a la luz de esta experiencia reciente. Quienes participan en ellas forman parte de una generación que vivió directamente ese experimento involuntario a escala global. Saben que el partido puede seguirse desde cualquier dispositivo y comentarse en tiempo real a través de múltiples plataformas. Sin embargo, continúan reuniéndose. No porque la comunicación digital haya fracasado, sino porque la experiencia de compartir físicamente determinados acontecimientos sigue poseyendo un significado propio.

2.8 El retorno de la presencia

Si algo revelaron tanto la revolución digital como la experiencia de la pandemia es que la presencia física conserva un valor que no puede reducirse completamente a la comunicación, la información o la coordinación. Esta constatación ayuda a interpretar uno de los fenómenos más llamativos de las sociedades contemporáneas: lejos de desaparecer, las experiencias colectivas presenciales continúan ocupando un lugar central en la vida social. Las multitudes no son un residuo de un pasado premoderno. Son una característica persistente del presente.

Lo que observamos no es un rechazo de la tecnología. Tampoco una resistencia a la modernidad. Quienes participan en estas experiencias suelen ser los mismos individuos que utilizan cotidianamente teléfonos inteligentes, plataformas digitales y redes sociales. La presencia no reaparece porque la comunicación digital haya fracasado. Reaparece porque responde a una necesidad distinta.

La diferencia puede formularse de manera sencilla: las tecnologías digitales permiten conectarnos; la presencia permite compartir una situación.

Las celebraciones mundialistas permiten observar esta diferencia con particular claridad. Quienes se reúnen para seguir los partidos de una selección nacional no buscan únicamente acceso a la información ni la posibilidad de comentar el encuentro con otros. Lo que parece atraerlos es la oportunidad de vivir el acontecimiento junto a quienes los rodean, percibir directamente sus reacciones y participar en una emoción que se desarrolla simultáneamente en un espacio compartido.

Esta dimensión resulta difícil de reproducir mediante mecanismos puramente virtuales. La presencia introduce elementos que rara vez pueden transmitirse completamente a través de una pantalla: la percepción inmediata de los cuerpos, la intensidad de las voces, la sincronización espontánea de los movimientos y la sensación inmediata de formar parte de una realidad colectiva visible. En una multitud, la existencia de la colectividad deja de ser una inferencia intelectual y se convierte en una experiencia sensible.

Por ello, el retorno de la presencia no debe interpretarse como una corrección de la modernidad, sino como una consecuencia de ella. Las sociedades contemporáneas han ampliado extraordinariamente las posibilidades de la vida individual. Han multiplicado las formas de comunicación y han perfeccionado mecanismos de coordinación que permiten interactuar con personas situadas a miles de kilómetros de distancia. Precisamente porque estas capacidades están hoy ampliamente disponibles, resulta más fácil identificar aquello que no sustituyen completamente.

Las multitudes contemporáneas hacen visible ese límite. No porque revelen una carencia de la vida moderna, sino porque muestran que ciertas necesidades humanas operan en registros distintos. La autonomía individual responde a una de ellas. La comunicación digital responde a otra. La presencia colectiva responde a una tercera. Ninguna elimina necesariamente a las demás.

Quizá por ello las grandes concentraciones públicas siguen ejerciendo una atracción tan poderosa. No representan un retorno a formas anteriores de organización social ni una nostalgia por comunidades perdidas. Representan una manera contemporánea de satisfacer una necesidad persistente: la posibilidad de compartir físicamente una experiencia significativa con otros.

En este sentido, las multitudes no aparecen como una anomalía dentro de las sociedades modernas. Constituyen una evidencia de que individualidad y pertenencia continúan coexistiendo. Precisamente esa coexistencia obliga a regresar a Ortega desde una perspectiva distinta de la que estuvo disponible para su generación.

2.9 Ortega revisitado

La reflexión de Ortega y Gasset conserva su relevancia porque identificó una de las grandes transformaciones de la modernidad: la aparición de fenómenos sociales capaces de movilizar simultáneamente a grandes números de personas. Su preocupación por la relación entre individuo y masa respondía a una realidad histórica concreta, marcada por la expansión de la política de masas, la urbanización acelerada y nuevas formas de movilización colectiva. Vista desde la perspectiva de su tiempo, la pregunta era comprensible: ¿qué ocurriría si la masa terminaba desplazando la responsabilidad, el juicio crítico y la autonomía del individuo?

Sin embargo, casi un siglo después, la experiencia histórica permite replantear esa inquietud. Las sociedades contemporáneas no parecen caracterizarse principalmente por un exceso de colectividad. En muchos sentidos, el rasgo más distintivo de nuestra época es precisamente la expansión de la individualidad. Las personas disponen de mayores márgenes de elección, mayores oportunidades de movilidad y mayores posibilidades de construir proyectos de vida propios que las generaciones anteriores. La individualidad no ha retrocedido. Se ha fortalecido.

Desde esta perspectiva, las multitudes contemporáneas adquieren un significado distinto al que preocupaba a Ortega. Las celebraciones deportivas, los conciertos, los festivales o las grandes concentraciones públicas no parecen manifestaciones de una colectividad que absorbe permanentemente al individuo. Son experiencias temporales. Comienzan, alcanzan un momento de intensidad y desaparecen. Quienes participan en ellas regresan después a sus ocupaciones habituales, a sus responsabilidades personales y a sus trayectorias individuales. La multitud emerge sobre una base de individualidad consolidada y no en sustitución de ella.

Esta observación sugiere que la relación entre individuo y colectividad no debe entenderse necesariamente como una relación de suma cero. Durante buena parte del siglo XX, el debate intelectual estuvo dominado por dos preocupaciones opuestas. Por un lado, el temor a que las comunidades tradicionales limitaran excesivamente la libertad individual. Por otro, el temor a que la expansión de la individualidad debilitara irreversiblemente los vínculos sociales. La experiencia contemporánea parece indicar una realidad más compleja.

Los individuos modernos valoran profundamente la autonomía, pero también buscan pertenencia. Desean construir una vida propia, pero continúan reuniéndose para celebrar, protestar, conmemorar o compartir experiencias significativas con otros. Defienden su singularidad, pero participan en rituales colectivos. Lejos de excluirse mutuamente, individualidad y colectividad parecen responder a dimensiones distintas de la experiencia humana.

Las celebraciones mundialistas ofrecen una ilustración particularmente clara de esta coexistencia. Quienes se congregan en plazas, avenidas o espacios públicos no están renunciando a su autonomía personal. Tampoco buscan una identidad colectiva permanente que sustituya sus proyectos individuales. Lo que buscan es una experiencia temporal de pertenencia, una oportunidad de compartir emociones y significados con personas que, en la mayoría de los casos, seguirán siendo desconocidas una vez concluido el evento.

Tal vez ésta sea la principal lección que puede extraerse al releer a Ortega desde el siglo XXI. La cuestión ya no parece ser cómo proteger al individuo de la masa. La cuestión es comprender por qué individuos plenamente conscientes de su autonomía continúan buscando ocasiones para participar en experiencias colectivas. Lo que observamos no es el fracaso de la individualidad moderna. Observamos más bien la coexistencia de dos necesidades igualmente persistentes: la necesidad de actuar como individuos autónomos y la necesidad de sentirse parte de algo más amplio que uno mismo.

Quizá la verdadera paradoja de la modernidad no sea que la individualidad haya triunfado. La verdadera paradoja es que, después de dos siglos de expansión de la autonomía personal, las experiencias colectivas sigan conservando una capacidad tan extraordinaria de convocatoria. Lejos de representar una anomalía, esa persistencia puede ser una señal de que la pertenencia continúa ocupando un lugar fundamental en la vida humana. La modernidad transformó profundamente las formas mediante las cuales la buscamos. Pero no eliminó la necesidad de buscarla.

2.10 Conclusión

Las celebraciones multitudinarias que acompañan a la selección mexicana durante la Copa Mundial de 2026 ofrecen una ventana privilegiada para observar una característica fundamental de la vida

contemporánea. A primera vista, podrían parecer simplemente expresiones de entusiasmo deportivo. Sin embargo, examinadas con mayor detenimiento, revelan una cuestión más profunda: la persistencia de la necesidad humana de pertenecer en sociedades caracterizadas por niveles inéditos de autonomía individual.

La modernidad amplió extraordinariamente la capacidad de las personas para construir proyectos de vida propios. Los individuos disponen hoy de mayores márgenes de elección, movilidad y autodeterminación que en cualquier otro momento de la historia. Pero la expansión de la individualidad no eliminó el deseo de compartir experiencias significativas con otros. La necesidad de pertenecer no desapareció. Se transformó.

Las multitudes contemporáneas permiten observar esa transformación. No representan una negación de la autonomía individual ni una nostalgia por formas anteriores de organización social. Tampoco constituyen una reacción contra la tecnología o contra las instituciones que estructuran la vida moderna. Más bien expresan la coexistencia de dos dimensiones fundamentales de la experiencia humana: la necesidad de actuar como individuos autónomos y la necesidad de sentirse parte de algo más amplio que uno mismo.

Quizá la lección más importante sea que autonomía y pertenencia no constituyen necesariamente principios opuestos. La primera permite a los individuos construir una vida propia. La segunda les permite situar esa vida dentro de un horizonte compartido. Las sociedades contemporáneas han fortalecido extraordinariamente la capacidad de actuar como individuos. Pero continúan generando ocasiones en las que esos mismos individuos buscan reunirse para experimentar formas de colectividad que ninguna institución, mercado o plataforma digital puede producir por sí sola.

Las multitudes que aparecen y desaparecen en torno a acontecimientos deportivos son una manifestación visible de esta realidad. Su persistencia sugiere que la historia moderna no debe entenderse como una marcha lineal desde la comunidad hacia la individualidad. Debe entenderse, más bien, como un proceso en el que ambas dimensiones han aprendido a coexistir bajo nuevas formas. Después de dos siglos de expansión de la autonomía personal, seguimos buscando ocasiones para sentir que formamos parte de algo mayor que nosotros mismos.

Pero esta constatación conduce naturalmente a una nueva pregunta. Si los individuos continúan buscando experiencias de pertenencia, ¿cuál es la naturaleza de las comunidades que emergen en esos momentos? ¿Qué es exactamente aquello de lo que sienten formar parte quienes celebran juntos una victoria deportiva, cantan un mismo himno o se reúnen alrededor de símbolos compartidos? La multitud explica cómo surge la colectividad. La pertenencia ayuda a comprender por qué la buscamos. Queda todavía una cuestión por resolver: cómo una comunidad compuesta por millones de desconocidos puede llegar a experimentarse como una realidad común. Esa es la pregunta que aborda el siguiente ensayo.

3. Experiencia nacional

Las celebraciones mundialistas permiten observar algo más que una multitud y algo más que una necesidad de pertenencia. También permiten observar una forma particular de comunidad: la nación. Cuando millones de personas siguen simultáneamente los partidos de una selección nacional, comparten símbolos, emociones y expectativas que trascienden sus experiencias individuales. Lo que está en juego no es únicamente un acontecimiento deportivo. Es también una relación con una comunidad mucho más amplia que cualquiera de los grupos a los que pertenecemos en la vida cotidiana.

Esta observación resulta especialmente interesante porque las naciones poseen una característica singular. A diferencia de las familias, los círculos de amistad o las comunidades locales, las comunidades nacionales están compuestas por millones de personas que nunca llegarán a conocerse personalmente. La pertenencia nacional no depende del contacto directo entre sus integrantes. Depende de la convicción compartida de formar parte de una misma colectividad. La nación constituye, en este sentido, una de las formas más ambiciosas y extraordinarias de comunidad que la modernidad ha producido.

La mayor parte del tiempo, sin embargo, esa comunidad permanece en un plano abstracto. Los ciudadanos conocen la existencia de la nación a través de instituciones, leyes, símbolos, mapas, relatos históricos y prácticas cotidianas. Saben que forman parte de ella, pero rara vez pueden percibirla directamente. La nación existe como una realidad social poderosa, aunque normalmente distribuida entre millones de individuos separados por la distancia, la diversidad y la vida cotidiana.

Precisamente por ello, algunos acontecimientos adquieren una relevancia especial. En determinadas circunstancias, comunidades normalmente dispersas parecen adquirir una presencia inusual. Lo que habitualmente existe como una realidad imaginada puede experimentarse momentáneamente como una realidad visible. La nación no deja de ser una comunidad de desconocidos. Pero durante ciertos episodios sus integrantes adquieren una conciencia particularmente intensa de compartir una misma pertenencia.

Este ensayo sostiene que una parte importante de la fuerza simbólica del fútbol internacional proviene precisamente de esa capacidad. El Mundial no crea la nación ni inventa el sentimiento de pertenencia nacional. Lo que hace es ofrecer una ocasión excepcional para que una comunidad normalmente dispersa y abstracta se reconozca a sí misma.

Comprender cómo ocurre este proceso requiere examinar tres cuestiones complementarias. Primero, la naturaleza de la nación como comunidad imaginada, siguiendo la interpretación desarrollada por Benedict Anderson. Segundo, el papel del fútbol internacional como uno de los rituales nacionales más poderosos de la era contemporánea. Y tercero, la manera en que plazas, avenidas y monumentos públicos se convierten temporalmente en escenarios donde una comunidad nacional puede hacerse visible ante sus propios integrantes.

3.1 Una nación frente a una pantalla

Durante la Copa Mundial de Fútbol de 2026, millones de mexicanos observan simultáneamente los partidos de la selección nacional. Algunos lo hacen desde sus hogares. Otros se reúnen con

familiares y amigos. Miles más acuden a plazas, avenidas, restaurantes, bares y espacios públicos habilitados para la transmisión colectiva. Cuando el resultado es favorable, una parte significativa de esa multitud termina convergiendo hacia la glorieta del Ángel de la Independencia.

La imagen resulta familiar. Se ha repetido en México y en numerosos países a lo largo de distintas generaciones mundialistas. Precisamente por esa familiaridad, rara vez nos detenemos a examinar lo que realmente representa. ¿Qué fenómeno social es capaz de concentrar simultáneamente la atención de millones de personas y producir emociones compartidas entre individuos que nunca se han conocido entre sí?

La pregunta trasciende al fútbol. También trasciende a México. Lo que vuelve interesante al fenómeno es que ocurre en sociedades caracterizadas por una creciente diversidad de trayectorias, intereses e identidades. La vida contemporánea se encuentra fragmentada en múltiples espacios de información, entretenimiento y participación. Las personas consumen contenidos distintos, habitan entornos sociales diferentes y desarrollan proyectos de vida cada vez más diversos. Pocos acontecimientos logran interrumpir temporalmente esa dispersión y convertirse en un punto común de referencia.

Y, sin embargo, los partidos de una selección nacional continúan haciéndolo.

La observación resulta significativa porque pone de manifiesto una característica singular de la nación moderna. A diferencia de una familia, un círculo de amistad o una comunidad local, la nación no descansa sobre relaciones personales directas. La inmensa mayoría de los mexicanos jamás conocerá personalmente a la inmensa mayoría de los demás mexicanos. No compartirá con ellos una conversación, una amistad ni una experiencia cotidiana. Y sin embargo, existe una convicción relativamente estable de pertenecer a una misma comunidad.

La mayor parte del tiempo esa comunidad permanece dispersa entre millones de individuos separados por la distancia y la vida cotidiana. Los partidos de la selección nacional alteran temporalmente esta condición. Cada persona observa el encuentro desde un lugar específico, pero lo hace sabiendo que millones de compatriotas participan simultáneamente en la misma experiencia. La emoción deja de ser exclusivamente individual. Se encuentra acompañada por la conciencia de una atención compartida.

Las celebraciones posteriores hacen visible esta dimensión con una claridad aún mayor. Cuando la multitud ocupa las plazas, recorre las avenidas y converge hacia el Ángel de la Independencia, no sólo estamos observando una concentración de personas. Estamos observando una comunidad nacional que intenta hacerse presente ante sí misma. Lo que normalmente existe como una realidad dispersa y abstracta adquiere temporalmente una forma visible.

Comprender cómo ocurre esta transformación exige responder una pregunta fundamental: ¿cómo puede una comunidad compuesta por millones de desconocidos llegar a experimentarse como una colectividad? La respuesta propuesta por Benedict Anderson continúa siendo uno de los puntos de partida más fértiles para abordar esta cuestión.

3.2 Anderson y la comunidad imaginada

En *Imagined Communities*, Benedict Anderson propuso una de las explicaciones más influyentes sobre la naturaleza de la nación moderna. Su argumento parte de una observación aparentemente sencilla: las naciones son comunidades imaginadas. La expresión ha sido frecuentemente malinterpretada. Anderson no sostenía que las naciones fueran ficticias, ilusorias o menos reales que otras formas de organización social. Su propósito era explicar cómo comunidades de enorme tamaño podían adquirir una realidad tan poderosa a pesar de que la inmensa mayoría de sus miembros nunca llegaría a conocerse personalmente.

Toda comunidad basada en relaciones directas enfrenta límites evidentes de escala. Una familia puede conocerse cara a cara. Un grupo de amigos puede mantener vínculos personales relativamente estrechos. Incluso una comunidad local permite formas de interacción cotidiana entre sus integrantes. La nación opera en una dimensión completamente distinta. Ningún mexicano conocerá jamás a los más de ciento treinta millones de personas que integran México. Ningún ciudadano puede experimentar directamente la totalidad de la comunidad nacional a la que pertenece.

Y, sin embargo, millones de personas comparten la convicción de formar parte de ella.

La clave de Anderson consiste en reconocer que la pertenencia nacional descansa sobre una forma particular de imaginación colectiva. Los miembros de una nación construyen mentalmente una comunidad cuyos integrantes permanecen en gran medida desconocidos. Saben que existen. Saben que participan de ciertas instituciones, símbolos, referencias históricas y marcos culturales comunes. Saben que comparten una pertenencia política más amplia que sus relaciones inmediatas. La nación se convierte así en una realidad social que existe simultáneamente en la conciencia de millones de personas.

Aunque difieren en aspectos importantes respecto de Anderson, otros estudios sobre nacionalismo han destacado igualmente el papel de los símbolos, las memorias históricas y los mitos compartidos en la formación de las identidades nacionales. Anthony D. Smith, por ejemplo, subrayó que las naciones modernas no descansan únicamente sobre instituciones políticas contemporáneas, sino también sobre repertorios simbólicos heredados que permiten a los individuos reconocerse como parte de una comunidad histórica más amplia. Desde esta perspectiva, la nación no sólo se imagina; también se construye a través de narrativas, recuerdos colectivos y símbolos que ayudan a sostener el sentido de pertenencia a lo largo del tiempo.

La paradoja es notable. La nación es una comunidad de desconocidos. Su existencia no depende de la familiaridad personal, sino de la conciencia compartida de pertenecer a algo más amplio que la propia experiencia individual. Un ciudadano puede sentirse vinculado a personas que viven a miles de kilómetros de distancia, que poseen trayectorias económicas diferentes, que hablan con acentos distintos o que jamás encontrará en su vida cotidiana. Lo que produce la nación no es el conocimiento directo de los demás, sino la certeza de compartir una pertenencia común.

Precisamente porque opera a través de esta forma de imaginación colectiva, la nación suele permanecer invisible. La reconocemos en los mapas, las instituciones, las leyes, los monumentos, los símbolos patrios y los relatos históricos. Sabemos que existe. Pero rara vez podemos observarla

directamente. La nación se experimenta normalmente como una presencia abstracta: real, poderosa y significativa, pero difícil de percibir como una totalidad concreta.

Esta característica ayuda a explicar la importancia de ciertos rituales nacionales. En ocasiones excepcionales, millones de personas concentran simultáneamente su atención en un mismo acontecimiento. Lo hacen sabiendo que innumerables compatriotas están haciendo exactamente lo mismo. La simultaneidad adquiere entonces una relevancia especial. No se trata únicamente de observar un evento; se trata de saber que otros millones de personas comparten esa observación en el mismo instante.

Anderson identificó un mecanismo similar en el surgimiento de la prensa moderna. Cuando miles de personas leían el mismo periódico cada mañana, podían imaginarse formando parte de una comunidad más amplia que realizaba simultáneamente la misma actividad. El lector no conocía a los demás lectores, pero sabía que existían y compartían con él un mismo horizonte de referencias. La nación se fortalecía precisamente a través de esa experiencia cotidiana de simultaneidad entre desconocidos.

Los partidos de una selección nacional constituyen una versión contemporánea y extraordinariamente intensificada de ese mismo mecanismo. Durante noventa minutos, millones de personas observan el mismo acontecimiento, reaccionan a los mismos episodios y experimentan emociones vinculadas a un mismo símbolo colectivo. La diferencia es que el proceso ocurre con una intensidad emocional y una sincronización temporal mucho mayores que las que normalmente acompañan la vida cotidiana.

Desde esta perspectiva, el fútbol internacional posee una capacidad singular para activar la imaginación nacional. No crea la nación. No inventa el sentimiento de pertenencia. Lo que hace es ofrecer una ocasión excepcional para que una comunidad normalmente dispersa tome conciencia simultánea de sí misma. Durante esos momentos, la nación deja de ser únicamente una idea compartida y comienza a adquirir rasgos de experiencia común.

Comprender por qué el fútbol puede desempeñar ese papel exige examinar las características particulares de este deporte. Porque no todos los acontecimientos públicos logran producir el mismo efecto. Hay algo en la estructura simbólica del fútbol internacional que lo convierte en uno de los rituales nacionales más poderosos de la era contemporánea.

3.3 El fútbol como ritual nacional

Si la nación es una comunidad imaginada, todavía queda una pregunta por responder. ¿Por qué el fútbol se ha convertido en uno de los medios más eficaces para hacer visible esa comunidad? Las sociedades contemporáneas producen una enorme variedad de espectáculos, actividades culturales y formas de entretenimiento colectivo. Sin embargo, pocas poseen la capacidad de movilizar simultáneamente a millones de personas y de transformar un acontecimiento deportivo en una experiencia nacional compartida.

Una parte de la explicación reside en la extraordinaria accesibilidad del juego. El fútbol puede comprenderse sin necesidad de conocimientos especializados. Sus reglas fundamentales son relativamente simples, sus objetivos son claros y sus momentos decisivos resultan fácilmente reconocibles incluso para observadores ocasionales. Personas de distintas edades, niveles

educativos, regiones y trayectorias sociales pueden seguir el mismo partido y entender lo que está ocurriendo. Esta simplicidad favorece una participación simbólica excepcionalmente amplia.

Pero la accesibilidad no basta para explicar su fuerza social. También interviene la incertidumbre. Cada partido contiene un desenlace abierto. Ninguna ventaja garantiza completamente el resultado final y ningún observador conoce con certeza lo que ocurrirá en los minutos siguientes. Durante noventa minutos, millones de personas siguen simultáneamente una historia cuyo desenlace permanece desconocido. La tensión emocional surge precisamente de esa incertidumbre compartida.

Sin embargo, el elemento decisivo aparece cuando el fútbol se organiza alrededor de selecciones nacionales. En ese momento, el partido deja de ser únicamente una competencia deportiva. Se convierte en una representación simbólica de la comunidad nacional. La selección no representa una región específica, una profesión determinada, una religión o una corriente política. Representa una entidad mucho más amplia y abstracta: la nación.

Esta capacidad de representación resulta especialmente importante en sociedades caracterizadas por una gran diversidad interna. México es un país atravesado por diferencias regionales, económicas, culturales y políticas significativas. La experiencia cotidiana de sus habitantes transcurre en contextos muy distintos. Sin embargo, durante los partidos de la selección nacional, millones de personas orientan simultáneamente su atención hacia un símbolo compartido que trasciende esas diferencias. No desaparecen los desacuerdos ni las divisiones. Lo que ocurre es que, por un breve intervalo, la identidad nacional adquiere una visibilidad inusual frente a otras formas de pertenencia.

Es en este punto donde el fútbol comienza a desempeñar una función comparable a la de un ritual. No porque sea una práctica religiosa, sino porque organiza la atención, las emociones y las expectativas de millones de personas alrededor de un mismo acontecimiento. Como observó Eric Hobsbawm, muchas tradiciones nacionales modernas adquieren fuerza mediante prácticas rituales repetidas que permiten reproducir simbólicamente la comunidad política a lo largo del tiempo. Su importancia no radica únicamente en el contenido de los símbolos que movilizan, sino en la reiteración de experiencias compartidas que recuerdan a los participantes su pertenencia a una colectividad más amplia. Los partidos de una selección nacional cumplen una función semejante. Millones de personas esperan el encuentro, observan su desarrollo, reaccionan a los mismos acontecimientos y participan en formas relativamente reconocibles de celebración o decepción. En este sentido, el fútbol internacional constituye uno de los rituales nacionales más poderosos de la era contemporánea.

La sincronización temporal desempeña aquí un papel fundamental. Todos observan el mismo acontecimiento al mismo tiempo. Todos conocen el resultado en el mismo instante. Todos reaccionan simultáneamente a un gol, una atajada o el silbatazo final. En una época caracterizada por audiencias fragmentadas y consumos personalizados de información y entretenimiento, esta sincronización resulta extraordinariamente rara. Precisamente por ello posee una fuerza simbólica tan considerable.

La Copa Mundial amplifica todavía más esta dinámica. A diferencia de las competencias ordinarias, concentra la atención nacional durante varias semanas y sitúa a la selección dentro de una narrativa

de alcance global. Cada encuentro adquiere una relevancia que trasciende lo estrictamente deportivo. Los partidos se convierten en episodios de una historia compartida que millones de personas siguen simultáneamente. La nación observa, espera, celebra o sufre al mismo tiempo.

Y, sin embargo, el ritual no concluye cuando termina el partido. De hecho, algunos de sus momentos más significativos ocurren después del silbatazo final. La observación simultánea comienza entonces a transformarse en movimiento. Las personas abandonan hogares, restaurantes, plazas y espacios de transmisión para reunirse físicamente con otros. La comunidad imaginada deja de expresarse únicamente a través de una atención compartida y empieza a manifestarse en el espacio urbano. Para comprender plenamente esta transformación es necesario observar los lugares donde la nación elige encontrarse consigo misma.

3.4 Los lugares de la nación

Las comunidades imaginadas necesitan símbolos. Pero también necesitan lugares. Aunque la nación moderna exista principalmente como una realidad compartida en la conciencia de millones de personas, ciertos espacios adquieren una capacidad particular para representar, condensar y hacer visible esa pertenencia colectiva. Las celebraciones mundialistas de 2026 permiten observar este fenómeno con notable claridad.

La transmisión de los partidos se distribuye en múltiples puntos de la ciudad y del país. Miles de personas observan los encuentros desde plazas, parques, restaurantes, bares y espacios públicos habilitados para la transmisión colectiva. La observación del partido es una experiencia espacialmente dispersa. Hay muchos lugares para mirar.

La celebración, sin embargo, sigue una lógica diferente.

Al concluir los encuentros favorables para México, una parte significativa de la multitud comienza a desplazarse hacia un mismo destino. A pesar de la existencia de numerosos espacios de transmisión y reunión, la celebración metropolitana tiende a concentrarse alrededor de la glorieta del Ángel de la Independencia. La observación se distribuye. La celebración converge.

Esta convergencia resulta sociológicamente interesante porque no responde a una necesidad funcional evidente. Nadie necesita acudir al Ángel para conocer el resultado del partido. Tampoco es el único espacio capaz de albergar concentraciones masivas. Existen plazas más grandes, avenidas más extensas y numerosos lugares adecuados para una celebración pública. Y sin embargo, generación tras generación, el Ángel continúa actuando como el principal punto de encuentro de las celebraciones nacionales en la capital.

La explicación parece encontrarse menos en la infraestructura que en el significado simbólico del lugar. Concebido originalmente para conmemorar el centenario de la Independencia, el Ángel terminó convirtiéndose en uno de los escenarios más reconocibles de la vida pública nacional. Celebraciones deportivas, manifestaciones ciudadanas, conmemoraciones históricas y diversos acontecimientos colectivos han utilizado recurrentemente ese espacio como escenario de expresión pública. Cada celebración se suma a las anteriores. Cada generación hereda una memoria espacial construida por quienes la precedieron. Las personas acuden al Ángel porque otros acudieron antes. Y precisamente porque otros acudieron antes, el lugar conserva su capacidad de convocatoria. El espacio físico se transforma gradualmente en espacio simbólico.

Algo similar ocurre con otros lugares que estructuran la geografía cívica de la capital. El Zócalo representa el centro político y ceremonial de la República. La Plaza de la República remite a la memoria de la Revolución Mexicana. Paseo de la Reforma constituye uno de los grandes ejes monumentales de la nación. Ninguno de estos espacios es neutral. Todos forman parte de un paisaje cargado de referencias históricas, políticas y simbólicas que ayudan a representar la comunidad nacional.

Esta dimensión espacial revela una característica importante de las comunidades imaginadas. La nación existe principalmente como una construcción simbólica, pero necesita anclajes materiales que permitan experimentarla. Los monumentos, las plazas y las avenidas funcionan como puntos de encuentro entre la abstracción nacional y la experiencia cotidiana. Son lugares donde una comunidad demasiado grande para reunirse completamente puede representarse parcialmente ante sí misma.

Las celebraciones mundialistas muestran precisamente este proceso. La comunidad nacional no aparece de manera uniforme en todo el territorio. Se concentra en ciertos espacios que actúan como nodos simbólicos de pertenencia. Millones de personas pueden observar el partido desde lugares distintos. Pero cuando llega el momento de celebrar, algunos espacios ejercen una atracción especial. Como si la nación, por unas horas, buscara reunirse consigo misma en escenarios que ya forman parte de su memoria colectiva.

Sin embargo, la importancia de estos lugares no reside únicamente en que concentran personas. También importa el movimiento que conduce hacia ellos. La celebración no comienza cuando la multitud llega al monumento. Comienza cuando miles de personas deciden abandonar los lugares donde observaban el partido y emprender un desplazamiento común hacia un destino simbólicamente reconocido. Ese tránsito colectivo constituye una parte esencial del ritual. Para comprenderlo adecuadamente conviene observarlo como algo más que una simple concentración espontánea de personas. Conviene entenderlo como una forma contemporánea de peregrinación secular.

3.5 La peregrinación secular

Las celebraciones mundialistas no consisten únicamente en la concentración de una multitud en un espacio determinado. También incluyen un movimiento. Miles de personas abandonan los lugares donde observaron el partido y comienzan a desplazarse hacia un punto simbólicamente reconocido de la ciudad. En ese tránsito ocurre algo importante. La comunidad nacional deja de expresarse solamente a través de la atención compartida y comienza a manifestarse mediante una acción colectiva visible.

Victor Turner observó que muchos rituales poseen una dimensión espacial fundamental. Los participantes no permanecen simplemente en un lugar; recorren una secuencia de acciones que los conduce desde la vida ordinaria hacia una experiencia extraordinaria. El desplazamiento no constituye un elemento secundario del ritual. Forma parte de su significado. Caminar, reunirse, converger y llegar son acciones que contribuyen a producir la experiencia colectiva que el ritual busca generar.

Las celebraciones posteriores a los partidos de la selección nacional presentan algunos rasgos similares. Una vez concluido el encuentro, la multitud comienza a reorganizarse. Personas que se encontraban dispersas en hogares, restaurantes, plazas, fan fests y espacios públicos abandonan esos lugares y se incorporan a corrientes humanas que avanzan hacia un destino común. Lo relevante no es únicamente la llegada al Ángel de la Independencia. También importa el proceso mediante el cual miles de individuos se transforman progresivamente en una colectividad en movimiento.

La analogía con una peregrinación debe utilizarse con cautela. Evidentemente no estamos ante una práctica religiosa. Los participantes no realizan un acto de devoción ni buscan una experiencia trascendente en el sentido tradicional del término. Sin embargo, ciertas semejanzas estructurales resultan difíciles de ignorar. Existe un símbolo compartido, existe un desplazamiento hacia ese símbolo y existe una experiencia colectiva que se intensifica conforme aumenta la concentración de participantes.

Lo notable es que nadie necesita organizar centralmente este proceso. No existe una convocatoria formal que indique a cientos de miles de personas dónde deben reunirse después de cada victoria. Tampoco existe una autoridad encargada de coordinar el movimiento. La convergencia ocurre porque los participantes comparten un conocimiento implícito sobre el significado del lugar y sobre el comportamiento esperado en ese contexto. Cada individuo toma una decisión personal, pero el resultado agregado produce una pauta colectiva extraordinariamente consistente.

La observación directa de las celebraciones de 2026, complementada por registros audiovisuales contemporáneos, muestra precisamente esta dinámica. A pesar de la lluvia, miles de personas continúan desplazándose por Paseo de la Reforma hacia el Ángel de la Independencia. Grupos que observaban el partido en distintos puntos de la ciudad se incorporan gradualmente a corrientes humanas que avanzan en una misma dirección. Conforme aumenta la concentración de personas, las banquetas dejan de ser suficientes y parte del recorrido comienza a ocupar los carriles normalmente reservados al tránsito vehicular. Los cánticos se repiten de grupo en grupo. Banderas nacionales aparecen en hombros, ventanas y vehículos. Personas que no se conocen entre sí terminan compartiendo rutas, consignas y símbolos mientras se aproximan a un mismo destino.

Lo que resulta especialmente interesante es que la multitud todavía no existe plenamente cuando el desplazamiento comienza. Durante buena parte del trayecto los participantes avanzan en grupos relativamente pequeños. Algunos salen de restaurantes y bares. Otros abandonan plazas públicas o estaciones de transporte. Otros más se incorporan desde calles laterales. La percepción de formar parte de una colectividad surge gradualmente conforme esos grupos se encuentran, se reconocen y comienzan a avanzar juntos. La multitud no aparece de manera instantánea en el punto de llegada. Se construye progresivamente durante el recorrido.

Desde una perspectiva estrictamente utilitaria, la conducta resulta difícil de explicar. El resultado del partido ya es conocido. La celebración podría realizarse en espacios más cercanos o incluso de manera privada. Y sin embargo, la multitud sigue avanzando.

Esta observación permite identificar una característica fundamental de los rituales colectivos. Las personas no participan únicamente por el resultado que obtienen. Participan porque el propio acto de participar posee significado. Estar presente importa. Llegar importa. Compartir físicamente el

acontecimiento importa. La experiencia no puede reducirse a la información que circula ni a la utilidad inmediata que produce. Su valor reside precisamente en formar parte de algo que está ocurriendo junto a otros.

Por ello, el recorrido hacia el Ángel transforma temporalmente la ciudad. Las avenidas dejan de funcionar únicamente como infraestructura de transporte y se convierten en espacios de encuentro. Los peatones ya no son simplemente individuos desplazándose entre distintos puntos urbanos. Son participantes de una experiencia colectiva cuyo significado depende precisamente de la presencia simultánea de los demás.

Esta dimensión ayuda a comprender por qué las celebraciones nacionales poseen una intensidad emocional tan particular. La nación no se experimenta únicamente en el momento de la victoria. También se experimenta en el movimiento colectivo que sigue a esa victoria. Cada persona observa que miles de otras personas están tomando decisiones similares, recorriendo rutas semejantes y orientándose hacia los mismos símbolos. La comunidad imaginada comienza a adquirir una forma visible antes incluso de llegar a su punto de concentración.

Quizá ésta sea una de las características más interesantes de los rituales nacionales contemporáneos. La nación no aparece simplemente cuando la multitud se reúne. Comienza a aparecer cuando miles de individuos deciden moverse en la misma dirección. El trayecto transforma una comunidad imaginada en una comunidad observable. La nación deja de ser únicamente algo que las personas saben que existe. Comienza a convertirse en algo que pueden ver desarrollándose a su alrededor.

Y cuando finalmente la multitud alcanza esos espacios simbólicos, ocurre algo todavía más significativo. La comunidad nacional, normalmente dispersa entre millones de personas separadas por la distancia y la vida cotidiana, parece adquirir una presencia tangible. Es en ese momento cuando la nación deja de ser solamente imaginada y comienza a experimentarse.

3.6 Cuando la nación se vuelve visible

La principal intuición de Benedict Anderson es que las naciones existen porque millones de personas comparten la convicción de pertenecer a una misma comunidad. Esa convicción posee consecuencias profundamente reales. Organiza instituciones, inspira lealtades, moviliza recursos y estructura buena parte de la vida política moderna. Sin embargo, la nación suele permanecer en un plano abstracto. Sabemos que existe, pero rara vez podemos observarla directamente. La comunidad nacional es demasiado extensa, demasiado dispersa y demasiado compleja para manifestarse cotidianamente como una experiencia inmediata.

Precisamente por ello ciertos acontecimientos adquieren una importancia excepcional. En ocasiones particulares, la distancia entre la nación imaginada y la nación experimentada parece reducirse. Las celebraciones mundialistas constituyen uno de esos momentos. Durante unas horas, millones de personas no sólo saben que pertenecen a una misma comunidad nacional. También perciben físicamente la existencia de esa comunidad.

Lo que ocurre entonces resulta difícil de describir únicamente mediante categorías políticas o institucionales. Cuando cientos de miles de personas ocupan simultáneamente plazas, avenidas y monumentos nacionales, la nación adquiere una presencia visible. Se vuelve audible en los cantos

colectivos. Se vuelve corporal en la concentración de multitudes. Se vuelve tangible en la experiencia compartida de ocupar un mismo espacio y participar en una misma celebración. Lo que normalmente existe como una realidad distribuida entre millones de individuos aparece momentáneamente condensado en una experiencia común.

Esta transformación ayuda a explicar la intensidad emocional de los festejos nacionales. Las personas no celebran únicamente una victoria deportiva. Celebran también la posibilidad de experimentar algo que normalmente permanece fuera del alcance de la percepción directa. Cada individuo puede observar a quienes lo rodean, escuchar las mismas consignas y contemplar los mismos símbolos. Puede reconocer que miles de personas participan simultáneamente en una experiencia semejante. La nación deja de ser una inferencia y se convierte, aunque sea temporalmente, en una presencia.

Las imágenes registradas durante las celebraciones de 2026 muestran con claridad esta dinámica. La multitud ocupa Paseo de la Reforma, rodea el Ángel de la Independencia y transforma temporalmente el espacio urbano en un escenario nacional. Lo importante no es únicamente el número de participantes. Lo importante es la posibilidad de percibir colectivamente la magnitud de la comunidad que se está celebrando. Cada persona experimenta algo que en la vida cotidiana rara vez resulta visible: la existencia simultánea de una colectividad mucho más amplia que su círculo inmediato de relaciones.

La concentración multitudinaria funciona así como una representación parcial de una comunidad imposible de reunir completamente. Ninguna plaza, avenida o monumento puede contener a la nación entera. Pero ciertos momentos permiten que una parte visible de esa comunidad actúe como símbolo de una realidad mucho más amplia. La multitud reunida alrededor de los símbolos nacionales no es la nación en su totalidad. Es una manifestación de ella.

Por ello, el significado de estas celebraciones trasciende ampliamente al acontecimiento deportivo que las origina. Lo que se vuelve visible no es solamente una multitud celebrando una victoria. Lo que se vuelve visible es una comunidad que, por unas horas, puede percibirse a sí misma de una manera excepcionalmente intensa.

3.7 Conclusión

Las celebraciones que acompañan a la selección mexicana durante la Copa Mundial de 2026 permiten observar algo más que una multitud y algo más que una experiencia de pertenencia colectiva. Permiten observar una forma particular de comunidad: la nación.

Lo que vuelve especialmente significativos a estos acontecimientos es que hacen visible una realidad que normalmente permanece dispersa entre millones de personas separadas por la distancia y la vida cotidiana. Durante los partidos de la selección nacional, millones de individuos concentran simultáneamente su atención en un mismo acontecimiento. Después del silbatazo final, la atención compartida se transforma en movimiento. Las personas abandonan hogares, plazas, restaurantes y espacios de transmisión. Convergen hacia monumentos, avenidas y lugares cargados de significado histórico. La comunidad nacional comienza entonces a adquirir una forma perceptible.

Las multitudes que ocupan Paseo de la Reforma y rodean el Ángel de la Independencia no constituyen simplemente una concentración de aficionados. Funcionan como una representación visible de una comunidad mucho más amplia que permanece distribuida a lo largo del territorio nacional. Cada participante puede observar algo que normalmente sólo conoce de manera abstracta: la existencia simultánea de una colectividad que trasciende ampliamente su experiencia inmediata.

Tal vez ahí resida la singularidad más profunda de estos acontecimientos. El fútbol internacional no crea la nación. No inventa la pertenencia. No produce una comunidad que antes no existía. Lo que hace es algo diferente: ofrece una ocasión excepcional para que una comunidad normalmente dispersa pueda hacerse visible ante sí misma.

Durante unas horas, una nación compuesta por millones de desconocidos se reconoce a sí misma.

Epílogo: Lo que el Mundial revela

La Copa Mundial de Fútbol dura apenas unas semanas. Los partidos terminan. Las celebraciones concluyen. Las pantallas se desmontan, las calles recuperan su funcionamiento habitual y la vida cotidiana vuelve a imponerse con la fuerza tranquila de la costumbre. Vista desde la distancia, la intensidad de esos momentos parece desproporcionada respecto de su duración. Millones de personas reorganizan sus horarios, alteran sus rutinas y ocupan plazas, avenidas y espacios públicos para participar en experiencias que, en términos estrictamente prácticos, son extraordinariamente efímeras.

Y, sin embargo, precisamente por esa condición efímera, estos acontecimientos poseen una capacidad singular para revelar aspectos fundamentales de la vida social que normalmente permanecen ocultos.

La vida cotidiana dispersa. Dispersa personas, actividades, atenciones y experiencias. La mayor parte del tiempo habitamos espacios distintos, seguimos rutinas diferentes y participamos en instituciones que organizan la cooperación social sin requerir proximidad física entre quienes forman parte de ella. La complejidad de las sociedades modernas depende, en buena medida, de esa capacidad para coordinar millones de trayectorias individuales que raramente coinciden en un mismo lugar y en un mismo momento.

El Mundial produce temporalmente el movimiento contrario. Concentra.

Concentra la atención de millones de personas en un mismo acontecimiento. Concentra emociones alrededor de símbolos compartidos. Concentra cuerpos en plazas, avenidas, estadios y espacios públicos. Durante unas semanas, procesos que normalmente permanecen distribuidos entre millones de experiencias individuales adquieren una forma visible.

Por eso las celebraciones mundialistas resultan sociológicamente interesantes. No porque sean excepciones a la vida moderna, sino porque permiten observar con una claridad inusual dimensiones de esa vida que normalmente permanecen dispersas. Lo que aparece durante esos días no surge de la nada. Ya estaba allí. Lo que cambia es que se vuelve observable.

La multitud no nace con el Mundial. La capacidad humana para transformar una agregación de individuos en una experiencia colectiva forma parte de la vida social mucho antes del primer partido. Tampoco la necesidad de pertenecer surge con las celebraciones deportivas. Las personas continúan buscando vínculos, símbolos y experiencias compartidas incluso en sociedades caracterizadas por niveles sin precedentes de autonomía individual. Y la nación, por supuesto, tampoco aparece de manera repentina durante una competencia internacional. Existe previamente en instituciones, símbolos, memorias históricas y formas de pertenencia que organizan la vida colectiva mucho más allá del deporte.

Lo que el Mundial hace es volver visibles estos procesos simultáneamente.

Durante unas horas podemos observar cómo individuos normalmente separados se convierten en multitud. Podemos observar cómo la búsqueda de pertenencia continúa operando dentro de sociedades profundamente individualizadas. Y podemos observar cómo una comunidad nacional

compuesta por millones de desconocidos adquiere una presencia perceptible para sus propios integrantes.

Nada de esto contradice la historia de la modernidad. Más bien la complementa. La expansión de la libertad individual, la sofisticación de las instituciones y el desarrollo de las tecnologías de comunicación transformaron profundamente la manera en que vivimos. Pero no eliminaron la necesidad humana de participar en experiencias compartidas. Tampoco eliminaron la importancia de los símbolos capaces de vincular a personas que nunca llegarán a conocerse personalmente.

Quizá por ello estos acontecimientos conservan una fuerza simbólica tan notable. No porque suspendan la vida moderna, sino porque permiten observar simultáneamente dimensiones de esa vida que normalmente aparecen separadas. Durante unas horas, autonomía y pertenencia dejan de parecer realidades opuestas. La experiencia individual y la experiencia colectiva se manifiestan juntas. La comunidad imaginada adquiere una presencia visible sin dejar de ser una comunidad de desconocidos.

Después, todo vuelve a dispersarse. Las multitudes desaparecen. Los monumentos recuperan su silencio habitual. Las avenidas vuelven a llenarse de automóviles y los participantes regresan a sus ocupaciones cotidianas.

Pero precisamente porque la concentración fue temporal, deja una impresión duradera. Durante un breve intervalo, millones de personas pudieron observar algo que normalmente permanece oculto tras la rutina de la vida social: que detrás de trayectorias individuales extraordinariamente diversas continúan existiendo formas de comunidad capaces de hacerse presentes, aunque sea por unas horas.

Tal vez ésa sea la principal lección que ofrece el Mundial como laboratorio social. No nos habla únicamente del fútbol. Nos ayuda a comprender algo más amplio: cómo sociedades compuestas por individuos cada vez más autónomos siguen produciendo experiencias colectivas capaces de generar pertenencia, identidad y comunidad.

Y quizá sea precisamente esa capacidad —la capacidad de hacer visible, aunque sea temporalmente, aquello que normalmente permanece disperso— lo que convierte a estos acontecimientos en una ventana privilegiada para observar la vida colectiva contemporánea.

Referencias

Anderson, Benedict. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Revised Edition. London: Verso, 2006.

Canetti, Elias. *Crowds and Power*. New York: Farrar, Straus and Giroux, 1984.

Durkheim, Émile. *The Elementary Forms of Religious Life*. Translated by Karen E. Fields. New York: Free Press, 1995.

Hobsbawm, Eric, and Terence Ranger, eds. *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press, 1983.

Ortega y Gasset, José. *La rebelión de las masas*. Madrid: Revista de Occidente, 1930.

Putnam, Robert D. *Bowling Alone: The Collapse and Revival of American Community*. New York: Simon & Schuster, 2000.

Smith, Anthony D. *National Identity*. Reno: University of Nevada Press, 1991.

Turner, Victor. *The Ritual Process: Structure and Anti-Structure*. Chicago: Aldine Publishing Company, 1969.

Weber, Max. *Economy and Society: An Outline of Interpretive Sociology*. Edited by Guenther Roth and Claus Wittich. Berkeley: University of California Press, 1978.